

Al llegar á las gradas del adoratorio, se adelantaron á recibirle los mas distinguidos sacerdotes.

El monarca azteca entró en el santuario para incensar á las falsas divinidades.

Cuatro corazones, tintos en sangre, se hallaban á los piés de la espantosa estátua de Huitzilopochtli.

Habian sido arrancados del pecho de cuatro desdichados indios sacrificados al brillar la primera luz del dia.

Moctezuma, despues de haber cumplido con los actos de su funesta religion, volvió á los cuarteles españoles, donde fué recibido agradablemente por Cortés. La alegría estaba retratada en el semblante del monarca azteca. Contento de haber satisfecho su devocion, regaló varias joyas de oro á los soldados castellanos que habian formado la escolta, y mandó repartir finas telas de algodón y otros objetos, entre las familias mas necesitadas del pueblo.

Con motivo de los sacrificios verificados antes de que se dirigiese al templo, Hernan Cortés volvió á tocar la cuestion religiosa, queriéndole convencer de la excelencia de la doctrina del Crucificado. El respetable padre Olmedo, llevado de un verdadero celo apostólico, tenia con frecuencia largas conferencias referentes al mismo asunto. Pero agotaba en vano su lógica y sus razones. Nada habia

la escolta. «E yendo como ibamos al cu de Huichilobos, ya que llegábamos cerca del maldito templo, mandó que le sacasen de las andas, é fué arrimado á hombros de sus sobrinos y de otros caciques, hasta que llegó al templo. Ya he dicho otras veces que por las calles por donde iba su persona, todos los principales habian de llevar los ojos puestos en el suelo, y no le miraban á la cara; y llegado á las gradas del adoratorio.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

capaz de hacer cambiar las ideas religiosas, arraigadas profundamente en el corazon del monarca azteca. La fé que tenia en sus ídolos era inquebrantable. Creia que nada habia mas grato á los ojos de sus dioses que el humo de la caliente sangre que se elevaba al cielo; y las hecatombes de inocentes niños, de hombres y de mujeres, continuaron verificándose diariamente, para alcanzar la proteccion de su divinidad tutelar. Escuchaba atentamente á Cortés y al prudente misionero mercedario, hablar de la bondad del Hacedor Supremo; pero cuando terminaba, su contestacion era igual siempre: «Bueno es el Dios de los cristianos; pero tambien son muy buenos nuestros dioses.»

El pueblo, lo mismo que su soberano, era fanático por su sangrienta religion; y los altares de los ídolos siguieron manchándose con las cruentas abominaciones que juzgaban meritorias y santas.

Bien hubiera querido Hernan Cortés derribar los funestos ídolos, repitiendo la escena de Cempoala; pero comprendió que por entonces era preciso no oponerse abiertamente á las creencias, y se ciñó á procurar convencer á Moctezuma, en sus conversaciones, de las ventajas del catolicismo.

Pocos dias despues de haber visitado el gran *teocalli*, Moctezuma empezó á salir á diversos puntos que miraba con particular predileccion, muy especialmente á visitar los palacios de recreo que tenia en el centro de la ciudad, en Tlatelolco y fuera de la poblacion. Un numeroso séquito, que no bajaba de tres mil personas, de lo mas distinguido de la nobleza azteca, le acompañaba; siempre convidaba á que le acompañasen en sus paseos á cuatro

ó cinco oficiales, manifestando así el afecto que profesaba á los españoles. Muchas veces sus excursiones se extendían hasta dos leguas fuera de la capital, volviendo luego á los cuarteles altamente contento y satisfecho. Generoso y amable, en cada uno de esos agradables paseos se complacía en hacer ricos presentes de telas y joyas, así á los castellanos que le acompañaban como á sus leales vasallos (1).

Entretanto habian llegado de la Villa Rica los materiales encargados á Gonzalo Sandoval para la construcción de los dos barcos. Hernan Cortés, para construirlos sin dar á entender que era una medida precautoria, excitó en Moctezuma el deseo de conocer la forma de los barcos maravillosos en que habian cruzado los mares. Eran desconocidas las velas en las canoas mejicanas, y tenia curiosidad de ver cómo se movían en todas direcciones, sin necesidad de remos, como aves marinas, extendiendo sus blancas alas. Pedido el permiso por el general español y concedido por el monarca azteca, se puso inmediatamente en ejecución el pensamiento. Moctezuma envió la gente

(1) «Y muchas veces me pidió licencia para ir á holgar, y pasar tiempo á ciertas casas de placer que él tenia, así fuera de la ciudad como dentro, y ninguna vez se la negué. E fué muchas veces á holgar con cinco ó seis españoles: á una y dos leguas fuera de la ciudad, y volvía siempre muy alegre y contento al aposento donde yo le tenia. E siempre que salía hacia muchas mercedes de joyas y ropa, así á los españoles que con él iban, como á sus naturales, de los cuales siempre iba tan acompañado, que cuando menos con él iban, pasaban de tres mil hombres, que los mas dellos eran señores y personas principales.»
—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

necesaria para que cortase la madera en los reales bosques; y la obra se puso bajo la dirección de dos soldados llamados Martin Lopez y Alonso Nuñez, experimentados constructores de navíos. El monarca azteca facilitó los carpinteros que eran precisos, y pronto las ligeras embarcaciones se vieron terminadas.

Deseoso Moctezuma de navegar en ellas, para poder apreciar las ventajas de la ciencia náutica de los extranjeros, dijo á Hernan Cortés que anhelaba ir á cazar á unas posesiones que tenia á orillas de la laguna. El general español le ofreció sus bergantines, que fueron aceptados inmediatamente por el monarca azteca.

Todo se dispuso para el estreno. El soberano de Méjics dió ordenes para que se preparasen también las mejores canoas; y pocas horas despues se dirigía en sus ricas andas, acompañado de un numeroso séquito, hácia el sitio del embarque.

La vista de los dos bergantines era una novedad. Aunque pequeños, como contruidos para una laguna escasa de agua en sus orillas, eran airosos y bien hechos. Los mástiles y las jarcias eran proporcionados á las reducidas proporciones de los buques; y un toldo de bellos colores adornaba la cubierta. Sobre el castillo de popa flotaba la bandera de Castilla con las armas imperiales, y en el remate de los mástiles, vistosas banderolas. Expertos marinos, enviados de la Villa Rica por Sandoval, se hallaban á bordo para gobernar el timon y hacer las maniobras necesarias.

Al lado de los bergantines se veían centenares de pintorescas canoas dispuestas á partir con ellos. Gran nú-

mero de nobles, que debían acompañar al monarca en su cacería, se hallaban á bordo de las embarcaciones indias, ostentando ricos y vistosos trajes. Los remeros mas diestros se habian escogido, con objeto de dejar atrás á los bajeles extranjeros que juzgaban torpes y pesados. Moctezuma entró en uno de los bajeles con lo principal de la nobleza azteca, y con los capitanes españoles Juan Velazquez de Leon, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid. En el otro iban un hijo de Moctezuma y muchos distinguidos caciques. Cada uno de los pequeños bergantines montaba dos cañones del calibre de dos libras y media, notables en aquella época en que la artillería se encontraba en mantillas. Una fuerza respetable de soldados castellanos marchaba en ambas embarcaciones.

En el momento de embarcarse empezó á soplar una fresca y favorable brisa. Los marineros tendieron las velas, y los bajeles emprendieron su majestuosa marcha sobre el lago, deslizándose rápidamente como blancos cisnes tendidas las nevadas alas, dejando atrás á las numerosas canoas, cuyos remeros hacian inútiles esfuerzos para alcanzarles.

Los mejicanos que estaban en la orilla miraban sorprendidos alejarse rápida y suavemente aquel que á sus ojos se presentaba como un fantasma viviente, que recorría á su albedrío y sin impulso del hombre, el líquido elemento.

Moctezuma miraba á lo lejos las canoas en que le seguía parte de su nobleza, y ponderaba las ventajas de las velas y del timon sobre los remos.

Notable era el placer que sentia al cruzar la laguna

con la rapidez y suavidad que excedía á lo que su imaginación habia concebido.

Cruzada la laguna, el monarca mejicano saltó á tierra y se dirigió á uno de los bosques inmediatos, pertenecientes á la corona, para entretenerse en la caza. Toda la nobleza y algunos capitanes españoles le acompañaron. El resto esperó su vuelta en los buques.

Los reales bosques abundaban en venados, liebres, conejos y vistosos pájaros de brillante plumaje. Moctezuma era diestro tirador, y logró matar, con sus certeras flechas, muchas liebres y venados, y no pocas aves y conejos con su lujosa cerbatana (1).

Terminada la caza volvió á embarcarse en el mismo bergantin en que habia marchado, manifestándose alegre y contento.

Al llegar á la ciudad, Pedro de Alvarado, Velazquez de León, y los demás capitanes, deseando complacerle, mandaron disparar las piezas de artillería, haciendo un solemne saludo. Moctezuma les agradeció el afan que manifestaban en agradarle, y se mostró altamente satisfecho.

Su noble carácter, su afable trato y su liberalidad, hacian que le amasen todos los españoles (2).

(1) Generalmente tiraba con cerbatana á las aves y á los conejos. «La caza á que Moctezuma iba por la laguna, era á tirar á pájaros y á conejos, con cerbatana, de la cual era diestro.»—Herrera, Historia General.

(2) «Mandó Pedro de Alvarado y Juan Velazquez de Leon, y los demás capitanes que disparasen el artillería de que se holgó mucho Moctezuma, que como le víamos tan franco y bueno, le teníamos en el acato que se tienen los Reyes destas partes, y él nos hacia lo mismo.»—Bernal Diaz del Castillo.

Mientras el emperador azteca vagaba contento por entre los espesos bosques en pos del ligero ciervo y de la asustadiza liebre, procurando obsequiar á los extranjeros que le acompañaban, otro monarca de una nacion vecina meditaba el plan de arrojarlos del valle para siempre. Era el joven Cacamatzin, rey de Texcoco, sobrino de Moctezuma. En las conferencias celebradas cuando se trató de recibir ó no á Hernan Cortés, opinó siempre porque se admitiese la embajada, diciendo que le sobraba poder á la nacion para hacerla salir, si algo se exigia contrario á la voluntad del soberano. Fué el mismo príncipe que el emperador azteca envió de embajador á Cortés, cuando el ejército castellano entró en el valle. En su concepto, las pretensiones del caudillo extranjero eran inadmisibles; el poder que ejercia, contrario á la dignidad del imperio azteca. El momento de apelar á las armas para combatirle, habia llegado.

Ya he dicho en otra parte de esta historia que el derecho á la corona del reino de Acolhuacan habia sido disputado entre los dos príncipes hermanos, Ixtlilxochitl y Cacamatzin. La guerra civil terminó con un convenio que concedia, al primero, el gobierno de los pueblos situados en la parte montuosa, y dejando al segundo la capital y la parte plana, que era mas poblada.

Moctezuma habia favorecido á Cacamatzin en aquella lucha; y éste, como sobrino y como aliado, se manifestó siempre fiel al emperador azteca.

Aunque mermado el poder de Cacamatzin por la division del reino celebrada con su hermano Ixtlilxochitl, no por esto dejaba de ser aun bastante considerable. La ciu-

dad de Texcoco era una de las mas importantes del valle, y las villas y aldeas á ella próximas eran de las mas pobladas del Anáhuac. El rey poeta Nezahualcoyotl, monarca notable por su amor á las ciencias, no menos que por su talento y buen gobierno, la habia colocado á una altura de civilizacion, cultura y belleza que le daban el lugar preeminente entre las demás capitales. Sus edificios eran verdaderamente notables. Uno de sus palacios, denominado Hucitecpan, ó gran palacio, que sirvió de morada á la familia de aquel ilustré gobernante, hubiera bastado por sí solo para dar una excelente idea del esplendor de la corona. Era un conjunto de soberbios edificios reunidos, donde, ademas de las magnificas y espaciosas habitaciones de la familia real, se encontraban todas las oficinas públicas. Medía de Oriente á Occidente, mil doscientas treinta y cuatro varas, y de Norte á Sur, novecientas setenta y ocho. No eran menos notables los demas palacios pertenecientes á la corona, con los cuales se hallaban en relacion los de los nobles y la grandeza. Entre los bellos jardines de recreo que poseia la corona, llamaba la atencion el que se conocia con el nombre de Texcotzinco. Era mas bien un bosque-jardin, con profundas albercas, espaciosos estanques, baños, fuentes, arroyos, sitios de cacería, grutas, colinas, cascadas y flores (1).

Mucho habia perdido Texcoco, sino de su belleza, si de su poder, en los últimos años; pero, sin embargo, el número de gente que tenia y la posicion ventajosa que guar-

(1) La descripcion de Texcoco se encuentra en el primer tomo de esta obra, desde la página 343 hasta la 352.

daba, la hacian respetable. No bajaban de ciento veinte mil habitantes los que contenia la capital solamente, ni de treinta mil los que reunian las tres poblaciones juntas de Huexotla, Coatlichan y Atenco, que podian considerarse como tres notables suburbios de ella (1).

El jóven monarca texcocano, indignado de la conducta humillante de su tio y anhelando vengar los ultrajes hechos á la persona real, convocó á los principales nobles y magnates de su corte, y les representó el estado lamentable que guardaba Méjico. Pintó al monarca supeditado á la voluntad de los españoles; expuestos los gobernadores á sufrir la afrentosa muerte de Quauhpopoca; y á los dioses recibiendo continuas ofensas que no podian ser toleradas por mas tiempo. Dijo que habia llegado el momento de vengar los ultrajes inferidos por un puñado de osados extranjeros, y de combatir por la religion, por la patria y por la libertad.

Su breve, pero enérgico discurso, fué apoyado por la mayoría; pero personas muy respetables del consejo opinaron porque no se tomase una determinacion violenta. El voto general se declaró por la lucha, y el guerrero monarca ordenó que se hiciesen todos los preparativos para ella con el mayor secreto. Resuelto á arrojar del valle á los españoles, invitó á entrar en la lucha al señor de Izta-

(1) Hernan Cortés, como he dicho en el primer tomo, dice que Texcoco sería como «de hasta treinta mil vecinos»; pero se ve que incluía en ese número á los habitantes de las tres expresadas poblaciones, puesto que en su segunda carta á Carlos V, asegura que no habia mas que otras dos ciudades próximas á Texcoco, «la una á tres leguas, que se llamaba Acuruman (Acolman), y la otra á seis leguas, que se dice Otumpa (Otumba)».

palapan, hermano de Moctezuma, que siempre se manifestó contrario á la recepcion de los españoles, al de Tlacopan y á otros varios que aceptaron gustosos la invitacion. Para asegurar el golpe y alcanzar un triunfo completo sobre los extranjeros, trató de que los nobles aztecas tomaran una parte activa en las hostilidades; pero los mejicanos, que si eran valientes, eran tambien respetuosos con su monarca, manifestaron que no darian paso ninguno sin la aprobacion del soberano. Cacamatzin les echó en cara su falta de resolucion, y se propuso llevar adelante la empresa con los recursos que tenia (1). Pero ademas del profundo respeto que indudablemente consagraban al monarca los valientes aztecas, existia otro motivo para que no se colocaran del lado de Cacamatzin. Temian, que mas que el celo por la honra del rey su tio, le llevase la ambicion de su corona, á la cual se juzgaba con derecho.

Los aprestos para marchar á sitiar á los españoles en sus propios cuarteles se hacian con actividad y sigilo. Pero á pesar de la reserva, la noticia llegó bien pronto á oídos de Cortés. La nueva era alarmante; y el caudillo español, aunque sabia que los mejicanos se habian negado á tomar

(1) «Cacama reprendió ásperamente á la nobleza mejicana, porque consentia hacer semejantes descalzos á cuatro extranjeros y que no los mataban; se excusaban con decir les iban á la mano y no les consentian tomar las armas para libertarlo, y tomar sobre sí una tan gran deshonra como era la que los extranjeros les habian hecho en prender á su señor, y quemar á Quauhpopocatzin, los demás, sus hijos y deudos sin culpa, con las armas y municion que tenian para la defensa y guarda de la ciudad, y de su autoridad tomar por sí los tesoros del rey y de los dioses, y otras libertades y desvergüenzas que cada dia pasaban, y aunque todo esto veian lo disimulaban por no enojar á Motecuhzoma que tan amigo y casado estaba con ellos.» — Ixtlilxochitl, *Historia chichimeca*.